

Territorios y finanzas: poderosos caballeros

Ricardo Méndez Gutiérrez del Valle (2018) *La telaraña financiera. Una geografía de la financiarización y sus crisis*. Santiago de Chile: IEUT-RIL Editores, 424 pp. ISBN: 978-95601-05-82-0.

Atribuyen a Ambrose Bierce el aforismo “No robes, de esta manera no tendrás nunca suerte en los negocios. Haz trampas”. Es una idea que sugiere la lectura de *La telaraña financiera*, el último libro de Ricardo Méndez. Desde una perspectiva crítica, se trata de una valiosa y estructurada aportación basada en una recopilación de los principales trabajos que se han realizado sobre la estructura financiera internacional, y el impacto que ejerce en los territorios por donde circula. Y lo que es peor, en aquellos por donde no lo hace. Geografía y economía son los hilos conductores de un discurso que pone de manifiesto el poder que ejerce el sector financiero sobre el territorio y cómo es capaz de moldearlo a su conveniencia, incluso en contra de los propios intereses de unos espacios crecientemente dependientes para su desarrollo de los flujos transnacionales de capital.

Partiendo de este binomio, se realiza un recorrido que aborda temas tan dispares como la crisis financiera, el problema alimentario, la estructura organizativa del sector bancario o la deuda pública internacional, por citar solo algunos de los aspectos que tienen en la geografía financiera un denominador común. Estos aspectos convergen en un análisis global que es abordado de forma solvente, a través de un lenguaje capaz de explicar de forma clara procesos complejos. Es por tanto una magnífica oportunidad de acercamiento para todo aquel/la lector/a no experto/a en estas cuestiones, que quiera conocer cómo y por qué se mueve el capital.

La obra está estructurada en seis grandes bloques que realizan, según palabras del autor, *una interpretación razonada de sus claves explicativas y de la dimensión territorial que conllevan*. El primer capítulo analiza cómo, desde la II Revolución Industrial, el modelo neoliberal de globalización ha construido un poderoso complejo financiero por todo el planeta. Esta arquitectura, conocida por el espantoso término de *financiarización*, se caracteriza por una creciente hegemonía del capital y de sus actores financieros, capaces de ejercer una gran capacidad de control sobre empresas, individuos, sociedades y gobiernos (p. 21).

Desde una perspectiva geográfica, los flujos financieros dominantes en una primera fase fueron de sentido Norte-Sur, una ruta que ha variado hacia flujos concéntricos Norte-Norte, y más recientemente Sur-Sur, como consecuencia de la incorporación de las economías emergentes de China, Rusia, Brasil o India entre otras a los grandes circuitos financieros internacionales, y el incremento sustancial de intercambios comerciales entre ellos. Desregulación neoliberal, revolución digi-

tal y globalización de procesos son los tres ejes que articulan esta evolución (p. 45). El capítulo concluye con una revisión sobre la relación que existe entre capital, poder y territorio.

Lejos de ser espacialmente uniforme, durante el segundo capítulo se puede observar cómo los distintos protagonistas configuran la estructura reticular de los movimientos de capital, generando un sistema donde los territorios no constituyen meros receptores pasivos, sino que suponen por el contrario una fuerza diferenciada que juega un papel destacado en sus modelos de gobernanza. Estos actores financieros, tienen una compleja y en ocasiones oscura estructura organizativa que han dado lugar a parámetros de localización singulares en función de sus necesidades y evolución.

En el caso de las entidades bancarias, se está asistiendo a un intenso proceso de concentración de activos a través de participaciones accionariales cruzadas que han generado en un reducido conjunto de bancos capaces de generar un elevado nivel de riesgo sistémico. Este oligopolio financiero, históricamente dominado por los grandes países de la *Triada* (América del Norte, Europa y Japón), presenta tras la gran recesión de 2007 una morfología espacial sensiblemente diferente como consecuencia de la progresiva incorporación de los grandes bancos de China, Australia o Brasil, que cuentan con quince de los cuarenta mayores bancos mundiales según su valor de mercado.

Menos conocido y más innovador es el análisis sobre la estructura organizativa e impacto espacial que el autor realiza de los mayores inversores institucionales: seguros y fondos de pensiones; fondos de capitales privados y especulativos; fondos soberanos y empresas *fintech*. Los datos de gestores de activos ponen en cuestión la pretendida multipolaridad financiera de los países emergentes en detrimento de Estados Unidos.

En efecto, los inversores norteamericanos controlan un 38% de todos los fondos mundiales de pensiones, un 70% de capital-riesgo o concentran un 30% de las mayores empresas *fintech* por citar algunos datos relevantes de los abundantes que podemos encontrar a lo largo de todo el texto (p. 96-135). La única excepción a la todavía incuestionable supremacía de Estados Unidos en la gestión financiera mundial de fondos institucionales lo constituye los fondos soberanos, donde la tendencia a la multipolaridad es más acusada como consecuencia de una progresiva presencia de petrocapitales procedentes de los fondos soberanos de Noruega, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí o Kuwait entre los más destacados (p. 129).

Durante el tercer capítulo se analiza el comportamiento de los flujos financieros internacionales a través de tres aspectos fundamentales: inversión extranjera directa, bolsas de valores y otros mercados de renta fija y variable. Su funcionamiento se basa en fenómenos cíclicos de desbordamiento y contracción de los flujos financieros internacionales, a los que se suma una desigual incorporación de las grandes áreas económicas a los diferentes tipos de productos financieros (p. 149).

Esta red financiera espacial engloba ya a prácticamente todo el planeta con la incorporación de las economías planificadas tras la caída del muro de Berlín. Aunque no resulta fácil identificar la morfología espacial de la red de flujos (p. 153), se encuentra dividida en tres grandes espacios: áreas emisoras de capital, receptoras y de tránsito. Los flujos entre ellos, lejos de ser aleatorios, obedecen a lógicas y pa-

trones definidos por las estrategias que los diferentes actores financieros tienen en sus territorios (p. 164).

Estas estrategias se perfilan con más claridad por medio de un análisis pormenorizado de la distribución e intensidad que los flujos transnacionales de las inversiones extranjeras directas y los mercados de valores recorren distintas regiones mundiales. A esta diversidad geográfica de mercados financieros, hay que sumar una profunda mutación de los mercados de capital, a través de la implementación de nuevas tecnologías como la negociación de alta frecuencia, donde el sujeto está siendo sustituido por el algoritmo.

Lo escrito hasta ahora nos podría llevar a pensar que estamos ante un texto que habla de finanzas. Nada más lejos de la realidad. Se trata de un libro de geografía financiera y esto se ve claramente a partir del cuarto capítulo, donde el autor desciende al territorio y pone en valor el papel clave que juega en el diseño de la arquitectura financiera internacional.

Ciudades globales, centros financieros internacionales y paraísos fiscales son los tres espacios que prestan mayor atención en el cuarto capítulo. Las grandes metrópolis constituyen nodos centrales de una economía de archipiélago que genera externalidades ligadas a la propia aglomeración urbana, reduciendo así los costes de transacción (p. 207). Los centros financieros internacionales desempeñan un papel crítico en todo este proceso, en la medida en que concentran y redistribuyen el capital financiero entre distintos territorios. Aunque no se dedica espacio a esta cuestión, que requiere de un estudio pormenorizado dado su interés, la lectura de este fenómeno sugiere ya la existencia de un elevado nivel de dependencia económica de numerosas regiones mundiales con respecto a las decisiones que se toman desde estos centros neurálgicos en la lógica de redistribución del capital desde una escala global a una regional y local (p. 210).

En lo que respecta a los paraísos fiscales, se realiza un análisis de los rasgos diferenciales existentes entre los diferentes tipos de centros financieros *offshore*, así como su localización en relación a los flujos ilícitos de capital entre las grandes regiones mundiales. Se señala la necesidad de incrementar los niveles de inspección y control de los mismos a través de una elaboración de registros financieros que identifique los movimientos y titulares de los movimientos transnacionales, así como facilitar el acceso a la información de unos espacios *offshore* caracterizados por su sistemática oposición a cualquier tipo de transparencia en los registros del capital. En palabras del autor, resulta complicado conocer qué dinero guarda en su interior una caja cerrada si no se abre (p. 234).

El libro cambia de rumbo en los dos últimos capítulos, donde se aborda el impacto que este modelo de financiarización tiene sobre algunas de las cuestiones centrales que definen la lógica de la evolución actual de los espacios económicos. Desde esta perspectiva, el capítulo quinto hace un recorrido por temas dispares. Transformación de las cadenas del valor; segmentación de los mercados laborales; polarización social; ciclos inmobiliarios o cadenas alimentarias son algunas de las grandes cuestiones donde la estructura financiera internacional ejerce una elevada influencia.

A pesar de ser problemas complejos que requieren un análisis diferenciado, la lectura sigue una lógica común que permite dar coherencia y sentido de unidad en la medida en que no se pierde la perspectiva financiera como eje que vertebra el

capítulo y explica, al menos parcialmente, algunas de las transformaciones básicas que estos aspectos están teniendo en la actualidad.

El capítulo final centra su atención en las causas que han provocado la Gran Recesión de 2007, derivadas en buena parte como consecuencia de la propia estructura espacial de los movimientos internacionales de capital, que impacta de manera desigual en los territorios en los que de forma elocuente el autor señala como geografías de la desposesión (p. 357). Tiene un especial interés el desarrollo realizado de los fenómenos de vulnerabilidad y resiliencia territorial que requiere tal vez un análisis con mayor detalle. Este apartado concluye con una propuestas para la reforma del sistema financiero internacional y la necesidad de cambiar de rumbo incorporando nuevas formas de organización económica a través de alternativas solidarias, economía circular y sostenibilidad espacial por medio de prácticas económicas sociales más cercanas a los ciudadanos y alejadas de los mercados.

Injusticia social, acumulación de la riqueza en manos de unos pocos, dependencia de los mercados financieros y capitalismo de casino son algunas de las ideas claves que surgen de manera recurrente durante toda la lectura. Quizás habría sido adecuado prestar atención a la creciente dependencia geopolítica que se está generando en torno a esta telaraña, en un juego donde siempre ganan los mismos, y te preguntas si en realidad Bierce está en lo cierto y las cartas están marcadas.

Juan Carlos Fernández Cela
Universidad Complutense de Madrid
Email: juanca01@pdi.ucm.es